

## RESEÑA

**Georges Minois, *La Guerre de Cent Ans. Naissance de deux nations* (Paris, Perrin, 2008), 650 pp.**

“La guerre de Cent Ans a-t-elle eu lieu?” es la cuestión con la que Georges Minois introduce al lector en una amplia y prolija revisión acerca de uno de los conflictos capitales y conclusivos de la historia del occidente medieval, al que el autor califica como el motor de una verdadera “mutation de civilisation”.

Las 650 páginas de este profundo estudio sobre el conflicto que enfrentó a Francia con Inglaterra durante la Baja Edad Media se inician con una amplia explicación acerca de las causas y la naturaleza del mismo, prestando una especial atención a la pérdida de autoridad de los grandes jefes de la Cristiandad occidental (el Papa y el Emperador) y a la situación política y económica de las monarquías más fuertes del continente -la inglesa y la francesa- entre los años 1327 y 1338. Minois destaca las motivaciones estrictamente feudales del conflicto anglo-francés -que posteriormente se transformó en querrela dinástica- y junto a ello, la existencia de otras disputas contemporáneas e interdependientes en Escocia, en Aquitania y en Flandes que hacían precario cualquier tipo de solución parcial de la guerra.

A continuación, el autor expone los principales eventos que jalaron la Guerra de los Cien Años, dando cuenta casi mensual del desarrollo de la misma, asunto que ocupa dos tercios de la obra. De hecho, el espacio dedicado a la narración histórica -en la senda ya marcada en 1945 por Édouard Perroy-, es uno de los aportes más novedosos que realiza Georges Minois, sobre todo si se lo compara con las obras de otros autores que han tratado anteriormente el tema, donde la exposición narrativa conformaba una breve introducción, en el cuadro de unas propuestas más bien centradas en el análisis de una serie de cambios estructurales.

De ese modo, Minois presenta y explica magistralmente los acontecimientos mayores del conflicto: los primeros éxitos militares ingleses en l’Ecluse y en Crecy; las acciones del Príncipe Negro, vencedor de Juan II y de la caballería francesa en Poitiers; la figura contradictoria, pero determinante, de Carlos el Malo; la corrosiva actividad de las cabalgatas inglesas, de los *routiers* y de las bandas armadas tras la firma de la paz de Bretigny; el apoyo de Carlos V a la rebelión que destronó a Pedro I de Castilla; el golpe de Estado contra Ricardo II y la política belicista de los Lancaster en Inglaterra; los problemas

derivados de la locura de Carlos VI; el enfrentamiento de Armagnacs contra Borgoñones; la conducta de Isabel de Baviera imponiendo el vergonzoso tratado de Troyes; las dificultades de la doble monarquía; la figura Juana de Arco librando Orléans; la independencia y el poderío de los estados borgoñones; la reconquista francesa y la suerte de Burdeos y de París a finales del conflicto.

Destaca el análisis comparativo entre las monarquías francesa e inglesa -complejos entramados vasalláticos y clientelares- que el autor realiza a lo largo de su exposición, centrándose en el examen de una serie de cuestiones: los medios materiales (financieros y armamentísticos) con que los contendientes enfrentaron el esfuerzo bélico; las diferencias y transformaciones que sufrieron las aristocracias de ambos países y el impacto que tuvieron sobre la guerra otros fenómenos, como la Peste Negra o la actitud pro-francesa de los papas de Aviñón. Del mismo modo, a lo largo del texto, se descubre la estrecha vinculación que tuvieron con el enfrentamiento bélico las grandes revueltas sociales (rurales y urbanas) que se desarrollaron a partir de mediados del siglo XIV, tanto en Francia como en Inglaterra.

Minois presta también una especial atención al estudio del entorno cortesano de los monarcas ingleses y franceses, verdaderos epicentros de decisión política y de promoción social. De hecho, el ascenso (y la posterior caída en desgracia) de hombres nuevos, como Charles d'Espagne en la corte de Juan II o Michael de la Pole en la de Ricardo II, por ejemplo, permite al autor analizar el entramado de instituciones y facciones que obstaculizaban y hacían inviable, hasta bien entrado el siglo XV, el ejercicio de unas políticas regias de corte autoritario. Por el contrario, el estudio de la renovación del *entourage* regio en la corte de Carlos VII, producto del debilitamiento o desaparición de la vieja nobleza -que había probado los efectos negativos (muerte, prisión o endeudamiento) de las continuas derrotas militares-, lleva al autor a comprobar el fortalecimiento del poder y del prestigio de la monarquía francesa durante el reinado de un soberano que, en buena medida, es considerado como el creador de la realeza de la Francia moderna. De todos modos, al contrario de cuanto afirma Minois, cabe observar que existió una gran continuidad en la historia de la nobleza francesa a finales de la Edad Media, puesto que más que hablar de extinción o de debilitamiento, se debe señalar su transformación y parcial renovación; proceso que se verificó, ya sea mediante la supervivencia de la antigua nobleza por vía bastarda o a partir de la creación de una nueva nobleza de servicio, asunto que oportunamente ha aclarado Philippe Contamine.

Finalmente, los tres últimos capítulos del libro -brillante ejercicio de síntesis- están dedicados a un análisis integral de las transformaciones que propició la Guerra de los Cien Años.

En cuanto a los aspectos económicos y sociales, destaca el estudio de la

inseguridad y militarización social, situación que produjo en Francia una fuerte desorganización de su red urbana. En ese sentido, Minois señala que la guerra sumió a París en el declive, mientras que Londres, por el contrario, experimentó un indiscutible desarrollo, “*bénéficiaire de l’afflux de butin et de rançons pendant la plus grande partie de la guerre*”. Por otro lado, el autor diferencia con claridad las políticas económicas vividas en cada orilla del Canal de la Mancha. De hecho, mientras que en Inglaterra el intervencionismo monárquico se limitó al aumento de las tasas aduaneras y a la protección de los mercaderes locales, en Francia los reyes desarrollan unas políticas más agresivas, experimentando con la reglamentación de oficios, la fijación de precios y salarios, las manipulaciones monetarias y, finalmente, la creación de impuestos directos. Por último, completa la exposición con dos párrafos muy esclarecedores acerca de la situación de la gran nobleza. Mientras que en Francia ésta sufría una fuerte degradación de su poder económico, agravado por la humillación en el campo militar -situación que la condujo a refugiarse en el sueño de la caballería cortesana-, los linajes de la gran nobleza inglesa (Lancaster, Bohun, Beauchamp, Arundel, Mortimer, etc.), dueños de extensas propiedades y de ejércitos privados, salieron de la guerra económica y políticamente fortalecidos.

Minois observa que entre las principales mutaciones que en el orden político engendró la guerra, figura la consolidación de las monarquías europeas, en detrimento de los poderes universales y de la idea medieval de Cristiandad. En efecto, la reluctancia de los poderes establecidos a enrolarse en una cruzada convocada por los Sumos Pontífices y el hecho que, al mismo tiempo, su circunstancial preparación se hubiese convertido en un “*jeu pour les cour princières et royales, un moyen de pression ou de chantage, un prétexte pour lever des taxes supplémentaires*”, demuestran dicha situación. A su vez, la guerra, que no fue solamente un hecho militar, sino también diplomático, permitió consolidar las identidades territoriales en torno a la figura de los respectivos príncipes. No obstante, el autor señala que el resultado de la evolución de la autoridad monárquica en Francia e Inglaterra fue divergente. Mientras que en la primera el poder real experimentó un notable fortalecimiento -si bien desigual, ya que Francia no dejaba de ser “*une étrange mosaïque, une juxtaposition de pays aux status variés*”-, en el caso de Inglaterra, el poder de la gran aristocracia se combinó con las prerrogativas del Parlamento para limitar la autoridad de una realeza acuciada por sus problemas financieros.

En cuanto a los aspectos militares, Minois revisa una serie de temas bien conocidos: la eficacia de la infantería inglesa y del arco largo en el siglo XIV, expresión de una apuesta por la pericia y la practicidad que no ofrecía la

caballería; la renovación del ejército francés a partir del reinado de Carlos V, con el recurso a los mercenarios y a la práctica de la “guerra de usura”; y, por último, la utilización más eficaz de las armas de fuego en tiempos de Carlos VII. La guerra, señala el autor, incentivó el desarrollo de una amplia literatura relativa a diversos temas: la conducta moral de los hombres, la estrategia de las tropas, el valor guerrero de los pueblos, etc.

Finalmente se estudian los efectos de la Guerra de los Cien Años en el ámbito cultural y religioso. En este sentido, el autor observa que el pacifismo no estaba de moda. De hecho, una encarnizada violencia se generalizó y llegó a afectar a los más diversos ámbitos: la justicia, cuyos tribunales impusieron castigos salvajes; la alta política, donde el asesinato de personalidades relevantes se convirtió en un expediente corriente; y la misma homilética eclesiástica, que se afanó por justificar la guerra y por delinear la imagen de un Dios terriblemente severo (“el Dios de los ejércitos”) ocupado en castigar los pecados de los hombres. Minois señala acertadamente que el discurso armamentista condicionó incluso el lenguaje místico, en cuyos escritos aparecieron expresiones castrenses -tales como “las armas del cristiano”, para referirse a las prácticas de las virtudes-, a la vez que los movimientos pacifistas en el ámbito eclesial eran asimilados a la herejía.

Por otro lado, el autor observa que la diplomacia pontificia fue incapaz de detener la guerra, a causa de la suspicacia que en los monarcas ocasionaban unos pontífices sumamente interesados en el control de las iglesias locales, en la provisión de los obispados y en la administración de sus bienes. Esta circunstancia, unida en el siglo XV al Cisma, al movimiento conciliarista e incluso a un cierto anticlericalismo (sobre todo en Inglaterra), contribuyó a la creación de unas iglesias locales fuertemente unidas y controladas por la realeza.

Minois considera a la guerra como el motor del surgimiento del “nacionalismo” en Francia y en Inglaterra, que se expresaba incluso en una “guerre des langues”, en un rechazo hacia el idioma del enemigo. Sin embargo, el autor destaca que el sentimiento patriótico tuvo una evolución divergente a ambas orillas de la Mancha, puesto que en Inglaterra “*apparaît d’abord dans le peuple*”, mientras que en Francia “*ce sont les élites intellectuelles qui prennent l’initiative*”. Justamente, éstas últimas se afanaron al final de la guerra por enrollar a los cronistas interesados en redactar las primeras “historias oficiales” y también por difundir las profecías escatológicas que anunciaban la llegada del Anticristo y, sobre todo, la aparición del emperador de los últimos tiempos, un rey providencial que con frecuencia fue asimilado a los monarcas contemporáneos. De allí que la profecía sea considerada como un complemento inseparable de las historias patrias.

Al igual que el profetismo político de los siglos bajomedievales -tema de estudio

recurrente en las últimas décadas- Minois recuerda, en último término, que la guerra engendró el miedo y la desesperanza, tal como en aquel tiempo la describió el poeta Eustache Deschamps y la estudió a finales del siglo XX de modo magistral Jean Delumeau.

Quizás la debilidad más grande del presente libro radique en dos tesis sostenidas por el autor: la emergencia del Estado moderno y del sentimiento nacionalista en Inglaterra y en Francia, ambos como productos de la Guerra de los Cien Años. Idea que sostiene Minois sin que medie, justamente, una definición específica acerca de los conceptos de “Estado” y de “Nación” en el siglo XV, así como de aquellos que están vinculados a los mismos (administración, patria, naturaleza, etc.). Considero que esa omisión impide diferenciar el fenómeno que se quiere demostrar de otro muy distinto, si bien semánticamente similar, cual es el Estado-Nación decimonónico. Tema muy discutido por la historiografía reciente, sobre todo por la modernista, que últimamente ha contrapuesto al concepto “Estado moderno” el de “Monarquía dinástica” o “Sistema cortesano”, que definiría mejor la situación de las monarquías bajomedievales y modernas, fundadas, sobre todo, en una noción doméstico-familiar del ejercicio del poder político.

Un detalle (y no menor) que se debería corregir en una próxima edición de esta obra se refiere a la filiación del rey Pedro I de Castilla, hijo de Alfonso XI, y no “demi-frère” de dicho monarca, tal como lo expresa el autor en la página 192.

No obstante, Georges Minois, conforme a su sólida formación docente, propone un rico trabajo, lleno de detalles convenientemente explicados, que merece una traducción al español, puesto que es un texto muy provechoso para un público estudiantil.

**Guillermo Nieva Ocampo**  
*CONICET/Universidad Nacional de Salta*